

**DIRECTOR**

Santiago Pedraglio

Jefe de Redacción  
Carlos Iván Degregori

Comité Directivo  
Eduardo Cáceres  
Javier Díez Canseco  
Agustín Haya  
Santiago Pedraglio  
Carlos Tapia

Redactores  
Rosa Cisneros  
Miguel Incio  
Nicolás Lynch  
Alfredo Quintanilla  
Alberto Adrián M.  
José López

Editor  
José Luis Carrillo

Fotografía  
Ernesto Jiménez  
Eduardo O. Rembado

Administración  
Orietta Marquina

Colaboradores  
Antonio Cisneros  
Sinesio López  
Peter Elmore  
Victor Hurtado  
Alberto Flores Galindo  
Abelardo Sánchez León  
Ricardo Uceda  
Maruja Barrig  
Flor Sánchez  
Armando Pillado  
Ercilio Moura  
Carlos Chipoco  
Isabel Yépez  
Javier Mujica  
Yaned Fernández  
Victor Cipriano  
Oscar Hidalgo  
Marisol Castañeda  
Oscar Maica  
Patricia Alba  
Celso Tolentino

Corrección y Archivo  
Miguel Adrián M.

Arte Final  
Pedro Guerrero  
Arnaldo Aliaga

Montaje  
Hernán Prada

Fotomecánica:  
Roberto Corzo R.  
Av. Bolivia 325-Of. 202  
Teléf.: 233498

Impresora  
Editora Argu S.A.

Distribución  
Distribuidora INCA

Dirección  
Horacio Urteaga 678  
Jesus María - Teléfono: 237325



# ESTADO DE EMERGENCIA: ¿PARA QUE?

**E**l reciente atentado terrorista contra el secretario de organización del PAP, Alberto Kitazono, no sólo ha conmocionado a la opinión democrática del país sino que ha reavivado el debate en torno al violentismo, sus causas y sus salidas. Y hay quienes quisieran, por lo visto, usar del dolor y la indignación ajenos para invitarnos a una regresión fratricida.

En ocasiones como esta resulta más urgente hablar en voz alta y atreverse a disentir. No nos es lícito olvidar, aun en estas circunstancias, que el clima de violencia lleva varios años en el país; que los inocentes caídos se cuentan por miles, y que sus autores no sólo se han reclutado en Sendero Luminoso sino también en filas del aparato represivo del Estado. ¿Cuántas víctimas inocentes más deberán pagar con su vida por la ausencia de una salida democrática capaz de reabsorber la espiral violentista?

Porque, visto en perspectiva, asistimos en realidad al agotamiento de una política de militarización (y no de democracia) para impedir la extensión del violentismo. El estado de emergencia en la capital se inscribe en esa misma estrategia, y su saldo no puede ser más evidente.

**L**a muerte de civiles inocentes, el amedrentamiento constante de la población, la ilegalización de las movilizaciones populares y, últimamente, los abusos de la Infantería de Marina en la ejecución de empadronamientos forzosos y "rastrillajes" en algunos asentamientos humanos y pueblos jóvenes, confirman lo que hemos venido sosteniendo en estas páginas: que el estado de emergencia no declara la guerra al terror de la subversión, sino a la población civil. A semejante conclusión llega —en inesperada coincidencia— la revista *Caretas* en su última edición.

En los próximos días las autoridades del gobierno y los altos mandos militares evaluarán el mantenimiento o suspensión del toque de queda y del estado de emergencia. Esta es una buena oportunidad, entonces, para recordar que, a varios meses de su implantación, esta medida sólo ha servido para agregar víctimas civiles inocentes

a las ocasionadas por Sendero, sin demostrar ser el freno esperado. El estado de emergencia aumenta la zozobra constante de una ciudad en la que la violencia cotidiana ha alcanzado niveles espeluznantes, a tono con el deterioro de un sistema que no resiste nuevos parches y que irremediamente arrastra en su deterioro las más elementales normas de convivencia social.

El estado de emergencia agrega a esta violencia cotidiana la violencia ejercida desde el Estado por las fuerzas militares; es la exteriorización de un Estado autoritario y represivo cuyos primeros signos comienzan a manifestarse, y que se plasma físicamente en tanquetas y disparos nocturnos, en la intimidación constante de la fuerza sobre ciudadanos indefensos.

**L**os sectores que apoyaron esta medida, e incluso la aplaudieron en su primer momento, manifiestan hoy día síntomas de arrepentimiento. Porque ¿cómo seguir sosteniendo la eficacia del estado de emergencia ante lo que sucede? Por cierto, siempre surgirán voces dispuestas a apoyar el mantenimiento de la situación, en el supuesto catastrofista que las cosas serían peores sin las tropas patrullando las calles. Pero la pregunta no es esa. No es la lógica de la represión la que debiera imponerse en un gobierno que, por boca de sus dirigentes, se auto-define como "democrático y popular". Si el estado de emergencia no ha dado resultados tangibles, su mantenimiento no se justifica. Corresponde al gobierno civil dar prueba de imaginación y audacia en la búsqueda de otro tipo de medidas que restituyan la paz.

Estas pasan por el fortalecimiento de los contenidos democráticos de nuestra sociedad, por la apertura de espacios de diálogo y por el fortalecimiento del poder civil frente a la desarticulación que intentan la militarización y el terrorismo. El gobierno aprista está, pues, ante una grave disyuntiva: acentuar la militarización del país y escuchar el griterío de sus fuerzas más retardatarias, o instalar y ampliar la democracia que dice practicar. La respuesta la conoceremos en un par de semanas.

## LA UTOPIA ANDINA: SUEÑOS Y PESADILLAS

Alberto Flores Galindo\*

número. Aparece dedicado a la "utopía andina" y, aparte de una predisposición favorable a ese término, es evidente la orientación que lleva a identificarlo con una corriente política determinada, como el término "utopía andina" fue acuñado originalmente por Manuel Burga y yo, me permito indicar algunos reparos.

El encuentro entre milenarismo y comunismo ha sido, muchas veces, fructífero. Las revoluciones requieren de mística, de pasión colectiva, de convencimiento interior... La aleación entre milenarismo y marxismo ha conseguido eficacia cuando no se ha hecho con olvido o en desmedro del se-

gundo término; el marxismo y su capacidad de razonamiento.

El milenarismo, y sobre todo esa variante cercana que es el mesianismo, tienen una evidente carga autoritaria: la revolución dirigida y decidida por un grupo de iluminados que se sienten intérpretes de la "palabra". Lectores de profecías, que reclaman no la incorporación de voluntades conscientes sino adeptos rígidamente disciplinados.

La utopía andina —y con ella el milenarismo y el mesianismo— son componentes de la cultura popular peruana. Estos factores cobran importancia en una época en la que presenciamos un nuevo alzamiento del

mundo contra Occidente y una recuperación de tradiciones ancestrales, como sucede en los países árabes, por ejemplo. Un proyecto revolucionario, como lo reclamaba Mariátegui, debe insertarse en una tradición. Pero no se trata de recuperar todas las tradiciones en el supuesto ingenuo de que todo lo antiguo y propio es necesariamente bueno. La historia de la utopía andina es una historia de esperanzas y rebeliones, pero es también una historia de autoritarismo y, a veces, de violencia inútilmente desenfrenada. Por eso está compuesta de sueños —como se recuerda en el editorial de "Asalto al Cielo"—, pero también de pesadillas:

sueños angustiosos en los que se enfrentan deseos y realidades, demandas políticas e imperativos morales, como los que pueden condenarse en la contraposición entre la búsqueda de una revolución y el necesario respeto a la vida. Estos temas asediaron a un personaje que sentimos demasiado contemporáneo: el conspirador huanuqueño Gabriel Aguilar, un criollo que en 1805 pretendió coronar a un inca como Rey del Perú. Los conflictos afectan al alma de los mismos utopistas. No ha sido la de la utopía andina, una historia ni armónica ni feliz. Por eso mismo sería todavía demasiado ligero pronosticarle uno u otro desenlace diferente.

\* Colaborador nuestro, nos ha pedido la publicación de este texto, enviado a los directivos de El Nuevo Diario.